

CULTURA Y OCIO

DE LIBROS

● Con 'El estandarte', Lernet-Holenia añadió un toque casi de novela gótica a los relatos sobre la extinción de la culta 'Mitteleuropa' ante la 'Grand Guerre'

La gran noche del mundo

EL ESTANDARTE

Alexander Lernet-Holenia. Trad. Annie Roney y Elvira Martín. Libros del Asteroide. Barcelona, 2013. 352 páginas. 19,95 euros

Manuel Gregorio González

Aprovechemos el centenario de *Por el camino de Swann* para decir algunas cosas. En la obra de Proust se recoge no sólo la memoria de una época, sino también el modo mismo en que el hombre recuerda; vale decir, los mecanismos internos de la memoria, que Freud ha consignado una década antes. Ortega, en enero de 1923, ya explica esta singularidad de Proust y la novedad psicológica, la originalidad formal, que su literatura apronta al siglo. Una novedad que consiste, sumariamente, en el alejamiento, en la conversión del pasado en una imprecisa multitud de sombras. Este carácter fantasmagórico de lo real (la distancia entre lo vivido y lo recordado) es el que, de modo muy diverso, se halla en la obra de Joseph Roth, de Zweig, de Thomas Mann, de Leo Perutz, de Gustav Meyrink, de Von Hofmannsthal y de cuantos se dedicaron, como el Graves de *Adiós a todo eso*, a honrar las exequias de ese mundo que muere, estrepitosamente, en las trincheras de la *Grand Guerre*. Un mundo ordenado, previsible, burgués, cuya súbita evaporación se narra, con mayor énfasis que en otras novelas, de un modo más explícito si cabe, en *El estandarte* de Lernet-Holenia.

En su Prólogo, Ignacio Vidal-Folch recuerda que Magris no tiene en mucha consideración esta obra de Lernet-Holenia. Le reconoce el tono, la sugestión, el calor, pero no llega a considerarla una gran obra sobre la caída del

imperio Habsburgo. No obstante, y a pesar de las reticencias de Claudio Magris, *El estandarte* de Lernet-Holenia posee una calidad que la distingue de otras novelas dedicadas a tal periodo. Quizá de modo involuntario, *El estandarte* puede leerse como una novela gótica, como un relato de fantasmas. Y no porque lo sobrenatural haga aparición en sus páginas, sino porque los personajes, las situaciones, la propia forma en que concluye la obra, obligan al lector a deslizarse entre dos mundos (el mundo de la caballería decimonónica y las chimeneas palaciegas, frente a las divisiones mecanizadas y el fuego de ametralladoras), que ofrecen una viva sensación de irrealidad a quien se abisma en la obra. Cuando Kusniewicz y Bufalino, en la segunda mitad del XX, novelan la caída del Imperio



austro-húngaro, lo harán con el auxilio del historiador, y en consecuencia, con la visión cerrada y homogénea de un pasado remoto. Sin embargo, *El estandarte*, como *La montaña mágica*, como *La marcha Radetzky*, están escritas sobre el ascua de un ayer aún próximo; están escritas, por tanto, desde el propio interior anímico de aquella época. Esto implica que la sensación de ruina, de incertidumbre, de estupor, es de mayor magnitud en Lernet-Holenia que en Kusniewicz; pero también que en Holenia se expresa como intuición, como vago y fenomenal vislumbre, lo que en Bufalino es obra del dato desapaionado y cierto.

Probablemente, esta es la razón de que Lernet-Holenia enfaticé,



El escritor austriaco Alexander Lernet-Holenia (Viena, 1897–1976).

en el último tramo de la obra, el significado del estandarte que da título a la novela. En esa pieza de brocado se resume, no sólo el viejo honor de la caballería imperial, sino el modo en que el imperio se articuló hasta ese momento. Lo distintivo en *El estandarte*, sin embargo, no es este universal derrumbamiento, que ya conocíamos por Joseph Roth, etcétera, sino la forma espectral, paradójica, en que se opera. Para el lector actual, una novela del XIX exige cierto esfuerzo imaginativo que le permita la traslación, la inmersión en una sociedad y un ámbito que no es el suyo. En *El estandarte*, a pesar de que estamos a finales de 1918, es un ambiente decimonónico el que predomina. Un ambiente de aristocráticos jinetes y palcos operísticos, cuya normalidad sólo se ve rota por la intrusión momentánea de aquello que hoy llamamos el mundo moderno. La unánime cañonería, el tableteo de las ametralladoras, las enigmáticas máscaras de gas, se aparecen en esta novela como se aparece un ídolo arcaico, un dios hierático y cruento, ante la mira-

Entre aristocráticos jinetes y palcos operísticos, emerge el acero de los cañones

da del arqueólogo. Se produce así una doble irrealidad, quizá involuntaria, quizá imprevista para Lernet-Holenia: la irrealidad del imperio, el desmoronamiento de la culta y civilizada *Mitteleuropa*, que se disgrega en naciones hostiles, mientras sus personajes corren en busca de unos hogares, de una seguridad que ya no existe, y la más profunda irrealidad de un mundo que emerge entre el acero. Esta insólita perspectiva, quizá presente en *El terror* de Machen, es la que hace de esta novela, de algún modo más próxima a Anne Radcliffe que a Robert Walser, una obra destacable. *El estandarte* es, entonces, no el heraldo de un ayer idealizado, sino el estridente gallardete de una era mecánica.

VASQUES & CIA. FRAGMENTOS DE LA OFICINA DEL DESASOSIEGO

Fernando Pessoa. Ed. y trad. Manuel Moya. Berenice. 160 páginas. 15 euros

Ignacio F. Garmendia

Amante del país hermano y familiarizado desde antiguo con la literatura portuguesa, Manuel Moya tradujo hace no mucho el *Libro del desasosiego* (Baile del Sol, 2009), un trabajo monumental que ha retomado parcialmente en esta valiosa antología donde incluye a modo de colofón—y con buenas razones— el maravilloso poema *Tabaquería* (“Estanco”) de Álvaro de Campos. El narrador y poeta de

Todos los sueños del mundo

Fuentehieridos—que ha traducido otras obras de Pessoa como la *Poesía completa de Alberto Caeiro* (2009) o *El banquero anarquista* (2011)—propone en *Vasques & Cia* una antología “experimental, quizás herética” de esa obra cimera de la literatura europea del siglo XX, un libro literalmente inagotable que es acaso el tesoro más preciado entre los muchos que dejó Pessoa, obra de un heterónimo, Bernardo Soares, que fue menos una personalidad disociada o fingida que un álter ego con las letras

bailadas, fiel imagen de aquel hombre formidable que decía no ser ni querer ser nada pero albergó—como leemos en los versos citados al frente de la presentación—“todos los sueños del mundo”.

Sólo en parte puede considerarse una herejía la propuesta de Moya, pues como él mismo señala el *Livro do Desassossego* tiene una factura bos-

cosa, heterogénea y fragmentaria en la que conviven tonos y etapas muy diversos, siendo así que en su estado actual—el traductor, como Perfecto E. Cuadrado en la versión de Acantilado, sigue la edición de Richard Zenith para Assírio & Alvim— es un libro no cerrado que contiene otros muchos. Uno de ellos, ciertamente, es la *novela* del modesto empleado de oficina—la de Soares se encontraba en la Rua de Soares se encontraba en la Rua de Douradores—contada por él mismo, de un modo que se torna en esos pasajes más cercano, des-

pojado y espontáneo, fruto de la identificación entre Pessoa y su personaje, abocados ambos a una vida tediosa y rutinaria—pero invariablemente lúcida—de la que el primero escapó gracias a los horizontes infinitos de la imaginación creadora. En estas páginas no irreflexivas, porque la cabeza del escritor no descansaba nunca, pero sí más íntimas, sin que esa intimidad traspase el relato de sus fracasos y perplejidades, está el Pessoa más reconocible como ser humano, el que para siempre nos muestra que la barrera entre la realidad y el deseo puede ser superada—aunque sólo en cierto sentido—por medio de la palabra.

